
BACH O EL ARTE OBJETIVO y HOMILÍA SOBRE LUCAS 9, 62

Albert Schweitzer

Presentación

Mario Águeda

Presento a continuación tres textos de Albert Schweitzer. El libro del que los he extraído, *El camino hacia ti mismo* (Buenos Aires, 1958), comprende cartas, narraciones, artículos, sermones, seleccionados por Max Tau y Lottle Herold, más algunos textos sobre el propio Schweitzer. Después de leerlo, ya que estamos en el doscientos cincuenta aniversario de la muerte de Johann Sebastian Bach (1685-1750), he seleccionado uno de los dos artículos dedicados a él. Si he prescindido del segundo es porque no me he resistido a ofreceros un sermón y unos pequeños párrafos sobre otros temas que, desde mi punto de vista, tienen una gran afinidad con las perspectivas de Marcel Légaut, como luego indicaré. Pero, antes de explicar brevemente esto último, resumo los rasgos más notables de su biografía.

1. Albert Schweitzer nació en 1875, en Kaysersberg, en el Alto Rin, y su personalidad excepcional nos recuerda la de los sabios renacentistas: fue al mismo tiempo pastor protestante, teólogo (1), filósofo, historiador, médico, organista, musicólogo, sociólogo,

(1). Albert Schweitzer está en el origen de una corriente teológica, no exenta de críticas, llamada "la escatología consecuente", que influyó durante un tiempo en la exégesis. Según Schweitzer, Jesús fracasa en su predicación de la inminencia del Reino de Dios, y por eso decide asumir los sufrimientos de los otros para reconciliarlos con Dios; y esos sufrimientos son los que le elevan a la categoría de Hijo del Hombre. La recepción del Espíritu, después de la muerte y resurrección de Jesús, abre a los discípulos a la promesa del cumplimiento del Reino de Dios.

escritor, narrador y poeta. Rápidamente se dio a conocer como organista con muchas capacidades. Desde 1899 es vicario en la iglesia de San Nicolás de Estrasburgo (Alsacia era entonces alemana) y, después de un doctorado en 1900, imparte cursos en la Facultad de Teología protestante. De 1903 a 1905, dirige el Seminario de Santo Tomás y es el organista de la sociedad J.S. Bach de la misma ciudad. En 1905 decide estudiar medicina y renuncia a un brillante futuro como académico con la finalidad de irse a África Ecuatorial pues unos amigos, misioneros protestantes, le habían hablado de la necesidad de un médico en aquella zona.

¿Tendré que seguir durante toda mi vida haciendo "descubrimientos críticos" hasta lograr la reputación de teólogo "famoso"; seguir enseñando a futuros pastores que se quedarán aquí sentados (...)? No puedo. Durante años he meditado este problema, considerándolo desde todos los puntos de vista posibles. Por fin he llegado a la clara conclusión de que mi vida debía consistir no en el saber, no en el arte, sino en el ser sencillamente humano y en hacer algo, por pequeño que sea, de acuerdo con el espíritu de Jesús: "lo que habéis hecho por uno de éstos, mis hermanos más pobres, lo habéis hecho por mí". (...) En mi juventud se me metió en la cabeza la idea de investigar a fondo qué era la religión, qué era el cristianismo y si las palabras "discípulos de Jesús" querían decir algo; el resultado será lo que Dios disponga. (...) En mi interior me siento tranquilo, me siento feliz. ¡Ser sencillamente un hombre!

En marzo de 1913 viaja a Lambaréné, en el Gabón, y allí funda un hospital, sin apoyo de institución alguna, ni civil ni religiosa. La guerra de 1914 le obliga a volver a Estrasburgo donde actuará de médico civil. Como alemán, es prisionero durante un tiempo. Después de la guerra ocupa un puesto de dermatólogo en Estrasburgo y da múltiples conciertos y conferencias siempre con la mirada puesta en su proyecto africano. Vuelve a reconstruir su hospital en 1924. Desde 1927, vive en Europa, desde donde también se ocupa de Lambaréné. Doce años después, regresa y permanece allí hasta 1948. En 1951 es elegido miembro de la Academia de las Ciencias Morales y Políticas de París. Un año más tarde se le concede el Premio Nobel de la Paz y en 1954 pronuncia en Oslo un céle-

bre discurso sobre dicho tema. Helena Breslau, su esposa desde 1913, muere en 1957, y Schweitzer regresa a Lambaréné en 1959, donde muere el 4 de septiembre de 1965.

Albert Schweitzer condensó, bella y proféticamente, su vida en unas palabras pronunciadas en agosto de 1928, con ocasión de recibir el premio Goethe:

 Mi propio destino ha sido el de vivir, con una intensidad que llega hasta el nervio mismo de mi existencia, el destino de nuestra época y las preocupaciones de nuestra humanidad. El hecho de que, me haya sido dada la posibilidad de vivir como hombre libre y servir a mi época sin perder dicha libertad en un período en que tantas personas que nos serían necesarias se encuentran como presas en el ámbito estrecho de su profesión (...) me ha parecido una bendición que aligeraba todas las dificultades de mi camino. (...) Más poderosas que las circunstancias deberán ser nuestras fuerzas: ellas deben permitir que nos comportemos, a pesar de dichas circunstancias, como hombres que comprenden su época y están a la altura de la misma.

2. Paso ahora a presentar brevemente los textos seleccionados. En el primer artículo, Schweitzer reflexiona sobre la esencia y el espíritu –la "unidad interior" que diría Légaut– de la vida y de la obra de J. S. Bach. Esa unidad interior da solidez a la existencia de un ser humano y llama a crear algo nuevo: "[La obra de Bach] nos habla de algo que no podía desaparecer porque era verdadero y grande, sencillamente; algo que fue creado no para obtener reconocimiento sino porque debía ser creado". La misma búsqueda de unidad debió de orientar a Schweitzer, que reconoció probablemente en Bach a un antepasado de su misma familia espiritual. En sus reflexiones teológicas y filosóficas, en sus decisiones a favor de la medicina y de ir a África, así como en su forma de ejecutar las obras musicales, Schweitzer también debió de caminar hacia esa originalidad que hace de cada ser humano un "mediador". La originalidad profunda, que no es subjetividad sino interioridad, coincide con la *objetividad* que Schweitzer atribuye a Bach como compositor y como organista. La misma objetividad, fruto de una entrega a fondo, la reconocía también en Schweitzer el crítico Jacques Feschotte, en 1951:

La rara madurez del espíritu de Schweitzer y la amplitud excepcional de su cultura le permitían abordar el problema capital de la interpretación en toda su extensión. Una humildad total ante la obra a interpretar, una voluntad ardiente de convertirse, de algún modo, en "medium" por el que el creador se expresa en su entera personalidad. Quien ha oído interpretar a A. Schweitzer al órgano, sabe hasta qué punto, gracias a ese conocimiento profundo y a ese respeto conmovido, y gracias también –hay que decirlo– a la fraternidad existente entre su propio genio y el de los grandes espíritus que sabe evocar, sus interpretaciones nos confieren el don de la presencia misma de los músicos interpretados. Schweitzer prepara minuciosamente los textos musicales y, más que nada, en su ejecución, le importa la claridad perfecta. Respeto del modo más absoluto las indicaciones de movimiento. Muy justamente se queja de la fantasía y sobre todo de la tendencia a la "velocidad" de ciertos ejecutantes que, inducidos por el afán de virtuosismo, alteran de forma irreparable la sonoridad y hasta el sentimiento de las obras. Sobre todo, en ningún momento pierde de vista el hecho de que la música es un lenguaje del corazón; y en ese sentido, por su influencia, ha iluminado y transformado el estilo de la interpretación bachiana que, con frecuencia, tendía a una excesiva geometrización.

En cuanto a la objetividad de Bach como compositor, Schweitzer escribió estas dos observaciones:

"Beethoven y Wagner poetizan en su música; Bach, en cambio, pinta. También Bach sabe dar un carácter dramático a sus obras pero su dramatismo es el de un pintor. No describe los acontecimientos sucesivamente sino que escoge los más expresivos, los más preñados de sentido, en los que se concentra –para él– toda la serie, y los presenta musicalmente. El drama musical es para él una especie ordenada de cuadros dramáticos; así es como ha construido sus Pasiones y sus Cantatas". Y también: "Es de notar que Bach, como todo lo que es realmente elevado en el campo de la religión, no pertenece a la iglesia sino a la humanidad creyente, y cualquier recinto se convierte en iglesia cuando en él se ejecutan sus obras con el recogimiento y la meditación que su audición requieren. No es la perfección de la ejecución sino su espíritu lo que determina el efecto que la música de Bach produce sobre el oyente".

3. En el Sermón del cuarto domingo de adviento, sobre el versículo de Lucas 9, 26, me fascinó cómo Schweitzer combinaba, en su comentario, la fuerza que una persona debe emplear para arar el campo, apoyando todo su cuerpo sobre el arado, y la pericia que debe tener para no desviar el surco. Fácilmente uno puede recordar cómo Légaut insistía en que "tomarse la vida en serio" ⁽²⁾ y "darse a fondo" ⁽³⁾ son umbrales indispensables en la vida espiritual; así como elogiaba la dimensión de "peso" que hace a una existencia profunda: "todo lo que ha hecho a lo largo de la vida y que procede exactamente de la misión (...) le da peso; peso al que se añade (...) todo lo que uno, en el futuro –si es fiel–, será capaz de hacer gracias a sus propias potencialidades, conocidas o no" ⁽⁴⁾.

En la medida en que un hombre se toma la vida en serio, las circunstancias y condicionamientos ya no le arrastran y todo su ser cobra un peso y densidad que lo introducen en la "presencia de sí mismo". Como leeremos en esta homilía de Schweitzer: "el que ara no arrastra el arado ni lo empuja, se limita a darle la dirección más conveniente (...). En la vida ocurre igual, (...) Es imposible trazar ningún surco si no empleamos todo nuestro peso, si no hacemos que nuestra vida tenga algún peso y sea grávida" ⁽⁵⁾. Poner todo el peso de la propia existencia sobre el arado, vivir presente a uno mismo, supone asumir la propia condición, "ínfima y efímera, pero necesaria..." ⁽⁶⁾, lo cual requiere tres actitudes de las que también habla muy bien Schweitzer: esperanza, silencio y trabajo solitario.

⁽²⁾. Artículo "Perseverancia en el compromiso y fidelidad fundamental", *Cuadernos de la Diáspora* n° 3, pág. 11.

⁽³⁾. Ver la afirmación "La vida espiritual exige la totalidad del ser humano" en *Trabajo de la fe*, Valencia, 1996, pág. 52.

⁽⁴⁾. En "Plegarias de hombre", *Cuadernos de la Diáspora* n° 7, pág. 34.

⁽⁵⁾. Con la última palabra, Schweitzer parece aludir a otro tipo de peso distinto al del hombre que apoya todo su cuerpo en el arado: parece aludir a la gravedad de quien concibe dentro de sí y que es de fácil resonancia bíblica. Si la imagen del peso sobre el arado es más masculina, la otra es más femenina, pero ambas sirven para todos. Una tercera imagen, útil en el plano espiritual, es la más neutra de la gravedad física que Simone Weil desarrolla en su libro *La gravedad (pesanteur) y la gracia*.

⁽⁶⁾. Plegaria V, *Cuadernos de la Diáspora* n° 7, pág. 50.

4. Por último, una sencilla reflexión sobre el último texto que ofrezco. Al leerlo no puedo menos que recordar la experiencia de Légaut en las trincheras y, después, su decisión de dejar la Universidad y hacerse montañés en los Pre-Alpes: un hombre religioso, de laudes, vísperas y eucaristía diaria, que daba conferencias y acompañaba grupos de reflexión del Evangelio, "creía ser adulto y no era más que un niño tímido, dócil y criado en un invernadero. Para mí, mandar significaba aconsejar; hacer obedecer, rogar educadamente y, llegado el caso, hacer uno mismo el trabajo. Hablar a los hombres era, para mí, dar una conferencia, en lugar de ser un esfuerzo por salirles al encuentro allí donde estuviesen" (7). Légaut, preparado, sin duda, por su pasado, siguió la llamada de su fidelidad y tomó sus decisiones; gracias a eso, lo mismo que Schweitzer, se convirtió en semilla sembrada en los surcos de otros buscadores de lo esencial en el cristianismo.

Concluyo con unas palabras de Norman Cousins y de Albert Einstein, ambas de 1955, que condensan el significado de la vida y de la obra de Albert Schweitzer:

No fue el propósito de Schweitzer deslumbrar a su época, sino despertarla, hacerla comprender que el esplendor moral forma parte del don de la vida, y que cada persona posee una capacidad ilimitada de sentir la unidad humana y obrar de acuerdo con ese sentimiento. Schweitzer ha demostrado que, aunque el hombre no posea ninguna jurisdicción sobre el hecho mismo de su existencia, puede ejercer un dominio supremo sobre el significado que dicha existencia tiene para él.

No ha querido predicar, no ha querido anunciarnos calamidades, ni tampoco ha soñado que su ejemplo llegara a ser un modelo y una esperanza para la humanidad. Sencillamente, impelido por una necesidad interior, ha obrado como ha obrado. En última instancia, debe de existir, en gran cantidad de personas, un fondo indestructiblemente bueno porque, si no fuera así, no habría habido tanta gente que reconociera la grandeza de este hombre.

(7). *Trabajo de la fé*, Valencia, 1996, pág. 26.